

# fractal'10

Reinventando el mundo  
ficción + arte + ciencia + tecnología

Presenta:

## DIGITALIZÁNDOSE

Becoming Digital

Un cuento de

**Daryl Gregory**

escrito especialmente para Fractal'10



# fractal<sup>10</sup>

Reinventando el mundo  
ficción + arte + ciencia + tecnología

Título Original: *Becoming Digital*  
© 2010, Daryl Gregory

Traducción:

*Escritura Líquida*

Hernán Ortiz

Viviana Trujillo

Juan Diego Gómez

Carlos Andrés Ortiz

© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Medellín, Colombia

[www.encuentrofractal.com](http://www.encuentrofractal.com)



# DIGITALIZÁNDOSE

En algún momento después del accidente, Franklin despertó y descubrió que su conciencia se había trasladado a su mano izquierda— específicamente, al dedo índice de su mano izquierda.

Antes del accidente, es decir, toda su vida hasta ese momento, su ser conciente parecía residir justo detrás de sus ojos, un hombrecito asomándose al mundo a través de dos grandes ventanas. Nunca había considerado lo extraño que era esto ni lo arbitrario de la ubicación. ¿Sería porque los humanos somos predominantemente visuales? Eso creía, aunque no explicaba por qué su *yo* se había alojado ahí. ¿Por qué no detrás de su nariz? Su sentido del olfato era bastante agudo, especialmente si se trataba de cervezas: podía diferenciar, con sólo olerlas, una Belgian Abbey Ale de una imitación artesanal americana. Sus papilas gustativas estaban muy bien entrenadas. Si hubiera sido un catador profesional, se preguntó, ¿tendría ahora la conciencia en la lengua?

Su esposa, Judith, no parecía entender lo que le había ocurrido, aunque había intentado explicárselo varias veces. “Estoy aquí abajo,” le decía, agitándose a sí mismo para captar su atención. No podía mover el brazo porque el yeso lo cubría desde la palma de la mano hasta el hombro.

Se había quebrado la muñeca, se había hecho una fisura a lo largo del cúbito y se había dislocado el manguito rotador.

Judith se veía angustiada. “Es el derrame, Franklin. Te dije que estabas trabajando demasiado. Ya te dio un derrame.”

Tal vez era eso. Estaba parado en lo alto de las escaleras, iba a apoyarse en el pasamanos y de repente se sintió mareado. Poco después despertó, la cara en el piso contra el descanso de parqué, el brazo atrapado bajo su cuerpo. Se sintió asfixiado, como sepultado por una avalancha. Cuando los paramédicos lo acostaron sobre la espalda, gimió de dolor, pero al mismo tiempo sintió un alivio profundo porque su mano estaba libre. ¡Luz! ¡Aire! Sin embargo todo el tiempo había estado respirando sin problemas y podía ver bien. Lo que no podía resolver, ni siquiera ahora, era esto: ¿el accidente había causado el cambio en su conciencia, o se había sentido mareado porque su yo había estado trasladándose al brazo?

“No le digas a los doctores,” dijo. “Pensarán que estoy loco”

Ella le acarició la mano y él se estremeció. “No lo haré si no quieres,” dijo ella. Sus dedos eran gorditos, pero ella intentaba disimularlo con uñas largas y de colores brillantes. Las manos de una mentirosa.

Esa tarde, los doctores irrumpieron en la habitación para interrogarlo. Apuntaron la luz de las linternas a sus ojos, lo llevaron en camilla a hacerle resonancias magnéticas y tomografías, examinaron su visión, habla y cognición. Con la excepción de alguna torpeza organizando bloques de madera durante el examen de coordinación motriz, el hecho de que su yo estuviera localizado 80 centímetros al sureste de su vieja ubicación no parecía implicar ninguna diferencia significativa. Se desempeñaba perfectamente desde su nuevo hogar mental.

“Veamos si la sensación persiste,” dijo el especialista, y le dio a Judith una docena de prescripciones para comprar. “Llámenos si experimenta algo extraño como—” Y aquí recitó una lista de síntomas psicológicos y neurológicos alarmantes.

“Lo importante,” le dijo a Franklin, “es evitar el estrés.”



Ocho semanas después, Franklin volvió al hospital a que le quitaran el yeso, y unos días más tarde regresó a la primera de varias sesiones de fisioterapia para recuperar el movimiento de su hombro. El nombre de su terapeuta era Olivia. Tenía unas manos encantadoras. Mantenía

las uñas cortas, pero pintadas con barniz transparente y el borde blanco estilo francés. Sus dedos largos y aparentemente delicados eran bastante fuertes; cuando los hundía en los nudos de su hombro podía hacerlo llorar. Sin embargo, era excesivamente considerada cuando tocaba su mano izquierda, y esto lo convenció de que a ella le habían hablado sobre su enfermedad mental. Pero en la tercera visita, cuando tuvo el valor para mencionar, casualmente, que su conciencia había mirado a la península de su dedo índice, pareció realmente sorprendida.

“¿Sientes que estás...?” Ella señaló la mano con su cabeza. “¿Ahí?”

“Lo extraño es que ni siquiera soy zurdo.”

Ella frunció el ceño, no como un reproche, sino más bien de una manera curiosa, científica. “¿Cómo se siente estar ahí? Si no te importa hablar al respecto.”

No había nada en el mundo de lo que él quisiera hablar más. A Judith le parecía que el tema era de mal gusto.

“Cierra los ojos” le dijo a Olivia. “Imagínate como un dedo enorme. Visualiza un brazo largo extendiéndose desde tu espalda y estirándose hacia a un cuerpo gigantesco.”

Ella cerró los ojos y él dirigió los suyos para que se movieran desde las puntas blancas de sus uñas hasta su cara, y de regreso. Él se enroscó contra la palma de su propia mano, de repente avergonzado por sus pensamientos.

Ella se concentró durante unos momentos y luego abrió los ojos. “Me preguntaba por qué seguías mirando mis manos.”

“Lo siento.”

“Está bien.” Ella estiró un dedo, lo flexionó y se rió. “Hola.”

Él se incorporó y devolvió el saludo.

Ella dijo, “¿Se siente... raro? ¿Estrecho?”

“Se siente como la cosa más natural del mundo,” dijo él. “Me siento más... directo.”

Él temía que su confesión pudiera alejarla, pero en la siguiente sesión no hubo distancia entre ellos. Mientras trabajaban en sus músculos, él hablaba sin dificultades sobre su nueva vida, sobre la nueva perspectiva que había adquirido. “¿Has visto lo descuidada que es la gente con sus manos?” dijo él durante una visita. “El otro día mi esposa sacó un recipiente del horno, se quemó y luego metió el dedo en la boca. Ni siquiera se lavó después.” Y: “Me pregunto si Hellen Keller tenía la conciencia en las manos.”

Él quería que las visitas continuaran, pero tres semanas después su seguro venció. Al final de la última sesión, dijo, “Me has ayudado tanto. Me gustaría agradecerte de alguna manera. ¿Puedo invitarte a almorzar? Dijiste que te gustaba la comida thai.” Desde que ella había mencionado que le encantaba el pad thai, había estado pensando en los palillos moviéndose entre sus dedos.

“No creo que sea una buena idea,” dijo ella sin crueldad. Miró hacia la mano de él. “Tienes un anillo en el dedo.”

“Pero ella no—” Quería decir: ella no me entiende como tú. Pero eso era ir muy lejos, esforzarse de una manera que sólo los llevaría a una situación embarazosa. “Ella no disfruta la comida thai.”



Su esposa entró al estudio sin tocar. En el computador había una publicidad de Rolex para mujeres. Judith se veía disgustada. La mano que llevaba el reloj era hermosa, aunque demasiado perfecta para su gusto: la muñeca era improbablemente delgada, los dedos obviamente retocados.

“He conseguido una cita,” dijo Judith. “Con un especialista.” Él le dijo que no le interesaba, pero ella no iba a aceptar un no.

Fueron a la clínica, a sólo unas cuerdas del hospital donde trabajaba Olivia. A diferencia de lo que temía, el doctor no era un psiquiatra, era un médico general que había escrito libros sobre estados alterados de conciencia. Era calvo, excepto por una cola de caballo gris, como si su pelo hubiera renunciado al cubrimiento general y hubiera decidido especializarse. El doctor se veía excesivamente emocionado por la enfermedad de Franklin. “Debemos guiar a la mente para que dé la vuelta en su callejón sin salida,” dijo enfáticamente, “y regrese a su hogar anterior.” Divagó un rato antes de que Franklin se diera cuenta de que la solución propuesta era amputar.

“Quitar el dedo es la única alternativa,” dijo el hombre. “Desalojo repentino del ego.”

“¿Está loco?” dijo Franklin. “¿Podría matarme!”

“Otra vez estás levantando la mano,” dijo Judith. Y entonces se dirigió al doctor, “lo hace siempre que está a la defensiva.”

“Maravilloso,” dijo el Dr. Cola de Caballo. “¿Podría ver su mano? Los dedos parecen inflamados.”

“¡No me toque!” Se enrosco en un puño y salió corriendo de la oficina.

De hecho se sentía caliente, como un motor de podadora recalentado. Afuera se desenroscó y vio que estaba rojo como un termómetro, su dedo-yo parecía latir como una bolsa de agua caliente. Gritó.

“¿Franklin? ¿Estás bien?” Era la voz de Olivia—¡Olivia! Giró su brazo para alcanzarla y luego el mundo siguió girando.



Cuando despertó, estaba solo en otra habitación del hospital, y había regresado la sensación de asfixia que había experimentado hace unos meses en la escalera. Miró hacia abajo, y vio que su mano izquierda estaba envuelta en vendas blancas desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Tubos intravenosos le inmovilizaban el otro brazo, pero mordió y masticó las vendas hasta que liberó los dedos.

Todavía tenía el dedo índice: pálido y arrugado, como si hubiera pasado mucho tiempo en la bañera, pero entero.

Sin embargo, algo estaba mal. El dedo le parecía completamente extraño. ¿De verdad había pensado que estaría *ahí dentro*, en ese *puntero*? Aún más alarmante, la sensación de asfixia no se había disipado.

En ese momento, Olivia y Judith entraron a la habitación. Sostenían vasos desechables de café y parecía que acababan de tener una conversación íntima y sincera.

“Todo está bien,” dijo Olivia, “Ahora estás a salvo. Sólo fue un desmayo.”

“Trata de calmarte,” dijo Judith. Luego vio los pedazos de vendas y frunció el ceño. “Supongo que aún estás...”

“¡No!” dijo él. “¡Eso se acabó! Estoy—” ¿Dónde estaba? Se estaba ahogando y podía sentir su cuerpo gigante sobre él, su voz tronando a lo lejos.

“¿Qué necesitas?” preguntó Olivia.

Él cerró los ojos, concentrándose. Este cerdito se fue al mercado, se dijo a sí mismo. Este cerdito se quedó en casa. Y *este* cerdito...

“¡Aquí!” dijo pateando la sábana. “¡Por Dios, quítenme esta sábana!” Las mujeres retiraron la sábana y le quitaron las medias, tal como lo pidió. Él levantó el pie derecho.

Ahí estaba. El tercer dedo desde la derecha. Era esbelto, con una uña gruesa y saludable. Un solo pelo le nacía en el nudillo como el crespo de Supermán. Sí, sólo un dedo medio, pero al fin se sentía completamente en casa: rodeado, apoyado, protegido.